

Domingo I de Adviento, ciclo A

“Estad en vela para estar preparados”

Mateo 24, 37-44



- **Isaías 2, 1-5** “El Señor congrega a todas las naciones en la paz eterna del Reino de Dios”
- **Salmo 121** “Vamos alegres a la casa del Señor”
- **Romanos 13,11-14a** “La salvación está más cerca de nosotros”
- **Mateo 24, 37-44** “Estad en vela para estar preparados”

Reflexión y oración

- Ruego por pedir el don de comprender el Evangelio y poder conocer y estimar a Jesucristo y, así, poder seguirlo mejor.
- Leo el evangelio Mt 24,37-44, después contemplo y anoto lo que me ha llamado la atención.
- Ahora apunto aquello que descubro de JESÚS y de los otros personajes, la BUENA NOTICIA que escucho...
¿Estoy atento a la vida de las personas o paso de todo y me evado?
- Y vuelvo a mirar la vida, los HECHOS vividos, las PERSONAS de mi entorno... desde el evangelio.
¿Qué hechos de esta semana me hacen estar a punto para el encuentro con el Señor? Es decir, ¿en qué hechos lo encuentro?
- Descubro la llamadas que me hace -nos hace- el Padre hoy a través de este Evangelio y pienso en un compromiso personal.
- Finalizo el diálogo con Jesús dando gracias y pidiendo en mi oración

Notas para fijarnos en el Evangelio

Sobre el Evangelio de Mateo (el que nos acompañará en este nuevo ciclo-año litúrgico-A)

1. El Evangelio de Mateo es uno de los escritos esenciales —si no el más decisivo— para la identidad cristiana. Desde antiguo ha sido el más leído, comentado y usado en la liturgia.
2. Mateo se muestra como testigo firme de Jesús en tiempos difíciles para la fe; aparece como hombre de Iglesia providencial, maestro atento a su comunidad y conocedor de las vicisitudes de su tiempo. Aunque para él el único Maestro es Cristo (23,8), participa de su magisterio por su profunda identificación con el Señor.
3. Ha transmitido un vivo testimonio de Cristo: para Mateo no hay cristianismo sin Cristo, Mesías esperado y cumplimiento de las promesas. Jesús es el centro irrenunciable de la fe y del quehacer creyente. Y añade algo de gran alcance: el lugar donde conocemos y seguimos a Cristo es el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia. Así, todo lo que se afirma de Jesús repercute en la comunidad y orienta a cada miembro. Cristo y la Iglesia están íntimamente vinculados en su obra.

Sobre el Adviento: mirando hacia la Navidad

- En Adviento ejercitamos la espera y la esperanza propias de quienes viven de una promesa: Dios estará con nosotros (Is 7,14). Y no es mirar al futuro para huir del mundo.
- Lo hacemos preparando la Navidad, nacimiento del Hijo de Dios y cumplimiento de la promesa (Mt 1,23). Y no es mirar al pasado para escapar de la realidad.
- Las luces navideñas pueden ocultar el presente: pastores y ángeles dejan de ser los pobres que acogen la novedad y los mensajeros de la Buena Nueva.
- El Adviento nos resitúa en el mundo real, marcado por consumismo, violencia, falta de trabajo digno y acceso difícil a la vivienda.
- Es tiempo de hacer renacer la esperanza: escuchar buenas noticias, rehacer la ilusión porque el Hijo de Dios viene a este mundo y espera mucho de él.
- Es tiempo de volver a creer que Dios responde a la humanidad: viene a vivir entre nosotros, haciéndose pobre y víctima de la injusticia, haciéndose niño de los que no cuentan.
- Es tiempo para rehacer el amor: si el Hijo de Dios se hace hermano de todos, especialmente de los pobres, ¿por qué no hacerlo nosotros?

Para fijarnos en Jesús y el Evangelio

- ◇ Mateo ha dicho que el Hijo del hombre vendrá (Mt 24,4-35) y ahora afirma que no sabemos el momento (42).
- ◇ La referencia al diluvio (37-39) ejemplifica lo que llega de modo repentino: quienes no estaban preparados sufrieron las consecuencias. El Señor viene en la vida cotidiana (40-41); quien está atento, vive con Él.
- ◇ Jesús centra la atención en el presente: no importa cuándo acabará el mundo, sino qué actitud mantener mientras vivimos. Como ignoramos día y hora (44), se nos llama a velar (42) para encontrarnos con el Señor.
- ◇ La imagen del ladrón (43) refuerza la imprevisibilidad de su venida. Y con los sirvientes (Mt 24,45-51) y las parábolas de Mt 25,1-30 se explica “velar”: dar fruto cumpliendo la voluntad de Dios. Después (Mt 25,31-46) se expone el criterio del juicio: el amor vivido hoy.
- ◇ Velar para “dar fruto” implica atención al mundo, discernir con otros la voluntad de Dios y rezar (Mt 26,41). Esta vigilancia sostiene la fe, da ánimo y ayuda a vivir sobriamente.

Se acerca vuestra liberación

ESPÍRITU DEL ADVIENTO (Rm 8,20-23; 2 Co 16,22)

Veo, Señor, la Historia humana
como una larga caravana
que avanza empujada por una fuerza misteriosa,
conquistando día a día cotas de libertad,
abriendo anchas calzadas
por donde circulen sin cadenas los hijos de Dios.
¿Hay algo que garantice la ascensión lineal
hacia la libertad?
Hay una esperanza que se hace clamor universal.

No todos los luchadores conocen a tu Espíritu;
pero todos deben estar movidos por Él,
con esa ansia irrefrenable
de seguir ampliando fronteras
aunque ellos mueran en el empeño.
Tú los acoges como a hermanos
y tu Padre los bendice como a hijos.

Otros vienen detrás de ellos,
engendrados por el mismo Espíritu,
sin reconocerlo quizá.
Y se ponen en pie después de cada derrota
para seguir conquistando espacios más anchos,
construyendo nuevas calzadas para la liberación.

El jubileo liberador de Dios
se extiende con tu Espíritu de siglo en siglo,
como un solo grito prolongado
que resuena con un eco interminable
de montaña en montaña.

Y la Humanidad se hace adulta
con la esperanza de ser liberada de la esclavitud,
para gozar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios,
mientras seguimos gritando sin cansarnos:
«Marana tha! ¡Ven, Señor, con tu Espíritu,
el Espíritu de la gran liberación!».

Patxi Loidi (*Mar a dentro*)

VAMOS A LA CASA DEL SEÑOR Salmo 121

Vamos a la casa del Señor, ¡qué alegría!
Somos peregrin@s del amor.
La casa deseada ya está cerca,
la casa del Señor es corazón.
Las puertas de la casa están del todo abiertas,
El corazón está roto de amor.
La casa huele a paz:
La paz contigo y la gracia derrochada, el banquete del amor no tiene fin.

Vamos tod@s a la casa del Señor,
es la casa solariega, solidaria,
es la casa de la luz y del amor.
Viene el Señor a nuestra casa, ¡qué alegría!
Viene como amigo y como hermano,
viene mendigo, necesitado. Viene siempre.
Viene Cristo a nuestra casa,
viene sembrador, samaritano, viene esposo y salvador.
Viene siempre.
Viene el Señor a nuestra casa,
vamos a limpiarla y encenderla.

Vamos a la casa del Señor. ¡Qué alegría!

Llévame al desierto
y susúrrame en silencio,
Tu palabra.
Condúceme por la ciudad
y grítame entre el tráfico y el barullo,
Tu palabra.
Llévame por valles y montañas,
y repítame, con eco y fuerza,
Tu palabra.
Álzame por encima de mis problemas
y desvérame, con gracia y ternura,
Tu palabra.
Déjame en el corazón de las personas
y espera, Señor, que crezca en mí y en ellas,
Tu palabra.



VER

En nuestro día a día, coloquialmente utilizamos de modo inconsciente los tiempos y modos verbales sin detenernos a analizarlos gramaticalmente, y podemos caer en incorrecciones de expresión. Por eso de vez en cuando conviene repasarlos. Los tiempos verbales (pasado, presente o futuro) señalan cuándo ocurre una acción, y los modos verbales (indicativo para hechos reales, subjuntivo para deseos o hipótesis, imperativo para órdenes) manifiestan la actitud del hablante ante la acción. Su buen uso permite que nos expresemos correctamente y los demás nos entiendan.



JUZGAR

La celebración de hoy contiene una triple dimensión: iniciamos el tiempo de Adviento, con lo cual iniciamos también un nuevo año litúrgico, y además, retomamos el Evangelio según san Mateo como guía para la Eucaristía dominical. Todo ello nos puede ayudar a que esta celebración suponga el comienzo de una nueva etapa en nuestra vida como discípulos, apóstoles y santos.

Y, para ayudarnos en este comienzo, las lecturas que hemos escuchado nos han ofrecido algunos tiempos y modos verbales de Dios, que debemos tener en cuenta:

En la 2ª lectura nos ha hablado del presente, de reconocer “el momento en que vivís, porque ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe”. No debemos comenzar el Adviento, el nuevo año litúrgico, como una mera repetición de lo que hemos hecho y celebrado anteriormente; la fe, la vida cristiana, supone un progreso, un camino hacia la meta de la salvación.

En el Evangelio nos ha hablado de un pasado: “En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban... y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos”. Ese pasado podría ser nuestro pasado y también nuestro presente: unas veces, porque vivimos tan absorbidos por los trabajos y preocupaciones cotidianas que no nos queda tiempo para plantearnos el rumbo de nuestra vida; otras veces, porque vivimos muy despreocupados y sólo nos interesa el futuro más inmediato, hasta que ocurre algo que nos ‘despierta del sueño’, como decía san Pablo en la 2ª lectura.

Pero, sobre todo, este primer Domingo de Adviento nos habla de futuro. En la 1ª lectura la “visión de Isaías” nos decía que “en los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor... Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos... Él nos instruirá en sus caminos... juzgará... será árbitro... De las espadas forjarán arados... no se adiestrarán para la guerra”. No es un simple deseo, una ilusión, un ‘sueño’, sino que es lo que ocurrirá, es el futuro que Dios tiene preparado para todos.

No olvidemos que todavía seguimos celebrando el Jubileo de la Esperanza. Y, como se dice en la Bula de convocación: «Nosotros, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria». (19) Por eso, cuando las circunstancias personales, sociales, económicas, políticas... nos hacen temer un futuro incierto, Dios nos ofrece el Adviento para mirar más allá, hacia el futuro cierto que nos ha revelado en su Hijo hecho hombre, muerto y resucitado, que es la esperanza que no defrauda.



ACTUAR

De ahí que, en este primer Domingo de Adviento, Dios nos dirija también varios imperativos:

En la 1ª lectura: “Venid, caminemos a la luz del Señor”. Que toda nuestra vida, iluminada por la fe, no sea estática sino dinámica, que dejemos de una vez la comodidad y el apoltronamiento.

En el Evangelio: “Estad en vela... estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre”. El caminar cristiano no consiste sólo en ‘hacer cosas’, hay que tener el espíritu despierto, atento, porque como decimos en el Prefacio III de Adviento, «El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su Reino». En cualquier momento, persona o acontecimiento, podemos vivir por la fe el encuentro con el Señor. Por eso, san Pablo nos daba otro imperativo: “Dejemos las obras de las tinieblas... Revestíos más bien del Señor Jesucristo”.

Que este Adviento y nuevo año litúrgico nos ayude a conjugar en nuestra vida los tiempos y modos verbales de Dios y a revestirnos de Cristo en nuestra vida cotidiana, para que su presencia impregne todas las dimensiones de nuestra vida, y así caminemos hacia el futuro de Dios.